Estudios culturales

Entre el Kitsch, los cadáveres académicos y el *packaging* de las ideas. *CUATRO PREGUNTAS A CELESTE OLALQUIAGA*¨

Jeffrey Cedeño
Pontificia Universidad Javeriana

Celeste Olalquiaga. Foto Jana León. The artificial kingdom

¨ Licenciada en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. Magister en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Maryland y Ph. D en Cultural Studies de Columbia University. Ha publicado *Megaloplis. Contemporary Cultural Sensibilities* (1992) y *The Artificial Kingdom. A Treasury of the Kitsch Experience* (1998), así como varios artículos en revistas especializadas de América Latina, Estados Unidos y Europa.

PALABRAS CLAVE

Estudios Culturales, Latinoamericanismo, Kitsch, Postmodernidad, Globalización, Walter Benjamin

RESUMEN

La intensificación y expansión de los procesos globales del capitalismo sobre áreas reservadas de la experiencia, la práctica y el significado, ha motivado la problemática recolocación de la capacidad crítica y política dentro de la academia occidental. Los Estudios Culturales exhiben irónicamente su despolitización en la medida en que no logran articular del todo su sofisticado proyecto teórico con la experiencia cultural; los discursos de oposición – la izquierda, la vanguardia, el feminismo- han sido cooptados por el neoliberalismo como iconos de fácil consumo. Ante tal estado de cosas, Olalquiaga sostiene que los modos de resistencia posibles provienen de un uso táctico y crítico de los mecanismos que el mismo capital ofrece -la apropiación, la ruina alegórica y las tácticas de saboteo por ejemplo-, con el objeto de adaptarlos a las necesidades reales de la experiencia más allá (o más acá) de las políticas signadas por el capitalismo global.

KEY WORDS

Cultural Studies, Latinamericanism, Kitsch, Postmodernity, Globalization, Walter Banjamin.

ABSTRACT

Interview with Celeste Olalquiaga, one of our most clear-eyes and penetrating analysts of contemporary culture. Author of *Megalopolis. Contemporary Cultural Sensinilities* (1992) and *The Artificial Kingdom. A Treasury of the Kitsch Experience* (1998). Moving free between Global Capitalism, Cultural Studies, Kitsch and Cultural Resistance, Olalquiaga offers a fascinating overview of the lines of thought of today's intellectual debates.

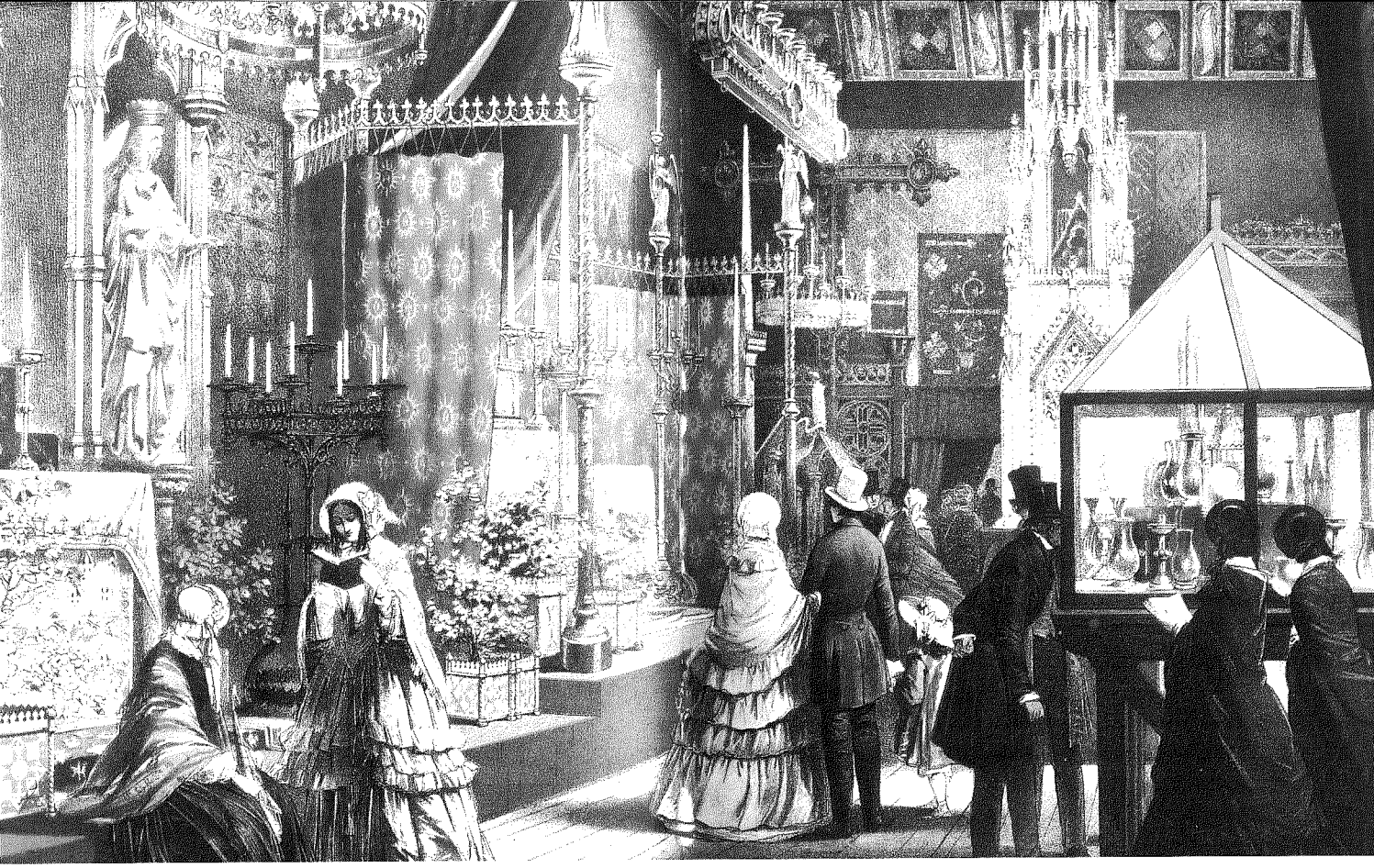
Megalopolis. Contemporary Cultural Sensibilities **(1992) y *The Artificial Kingdom. A Treasury of the Kitsch Experience* (1998) de la** chilena-venezolana Celeste Olalquiaga, actualmente radicada en París, constituyen, sin la menor duda, dos de las propuestas teórico-críticas más lúcidas del pensamiento occidental de fines del siglo XX. Si bien ambos estudios se erigen desde códigos discursivos claramente diferenciados, tienen la virtud de teorizar a partir de la experiencia personal como estrategia de conocimiento situada más allá (o más acá) de un autorreferencial discurso teórico a espaldas de las formas trazadas por la cultura vivida y sentida en sus entrecruzamientos discursivos y temporales, tan caros a las segmentaciones disciplinares de la academia moderna occidental. Olalquiaga marca claras distancias: cuando discurre sobre el Kitsch, la cultura urbana, las ruinas modernas o la tecnología virtual acompañamos una mirada crítica cuya búsqueda logra trascender todo lugar común, toda cita infinitamente repetida en múltiples estudios, toda conformidad intelectual para, de este modo, abrir decididamente vías de pensamiento crítico. Entre Caracas y Nueva York se desarrolló este pequeño diálogo electrónico, justo antes de nuestras migraciones a Bogotá y a París respectivamente. He aquí, entonces, a Celeste Olalquiaga.

Jeffrey Cedeño: Quisiera iniciar nuestra conversación explorando el modo en el que fue surgiendo tu interés hacia Estudios Culturales. Tus libros *Megalopolis. Contemporary Cultural Sensibilities* (1992) y *The Artificial Kingdom. A Treasury of the Kitsch Experience* (1998) no sólo trazan el origen de una mirada crítica, sino también un tránsito intelectual. Cuéntanos, entonces, cómo fuiste construyendo esa trayectoria.

Celeste Olalquiaga: Llegué a Estudios Culturales como muchas otras personas, a través del campo de la crítica literaria. Era un camino casi obvio ya que el tipo de crítica que predominaba en los círculos más progresistas a principios de los años ochenta era la marxista-feminista, lo cual implicaba el estudio de fenómenos extra-estéticos tales como la estructura de poder económico en la que se inserta la producción literaria. Para mí esto fue toda una revelación pues hasta ese momento como estudiante de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello, en Caracas, no le había logrado ver el "queso a la tostada", y estaba a punto de abandonar la carrera: todo era memorización de nombres y movimientos, muy poco análisis, algo de estructuralismo. Al concebir el fenómeno literario como algo interdependiente, y no autónomo, se me abrió todo un entendimiento del mundo que hasta entonces había permanecido velado. La figura clave en ese momento fue el crítico uruguayo Hugo Achugar, a través de quien no sólo le encontré sentido a mis estudios, sino que también logré entenderme a mí misma como ente social. A esta toma de conciencia se le aunaron los estudios semióticos de Umberto Eco y Roland Barthes, entre otros, formando un conjunto realmente significativo y emocionante. De ahí a ampliar mi mirada a otras disciplinas y áreas sólo había un paso y este lo di gracias a Ángel Rama, con quien estudié brevemente mientras él escribía *La ciudad letrada*. Desde ese momento la ciudad se convirtió en el texto que me interesó leer, lo cual se vio reafirmado con mi mudanza a Nueva York e inmersión en la arquitectura, el cine y la cultura popular.

Para mí la mejor manera de evitar ser convertido en una alteridad glorificada es asumir nuestro propio (aunque irregular) cosmopolitismo y desde ahí buscar un balance que nos permita negociar interna y externamente nuestras diferencias.

A esto me dediqué durante mis estudios de Doctorado, tomando cursos en distintos Departamentos de la Universidad de Columbia, pues los Estudios Culturales aún no se habían formalizado como tales, aunque su ímpetu ya se encontraba presente por el tipo de trabajo que se realizaba en la Escuela de Birmingham, Inglaterra. El resultado de todo lo anterior fue *Megalopolis* (1992), producida originalmente como mi disertación doctoral. Durante toda esta trayectoria, la literatura quedó muy de lado. Al final de mis estudios de Letras en Venezuela la



Medieval Court. London 1851.Litografía. Joseph Nash. The artificial kingdom

había relegado para darle lugar a la teoría, y aún ésta la dejé de lado una vez llegué a Nueva York. Me interesaba vivir la ciudad a fondo y hacer de esa experiencia mi materia, saturada como estaba tras casi nueve años de estudios: el pregrado en Letras, una Maestría no terminada en la Universidad Simón Bolívar, Caracas, y otra sí completada en la Universidad de Maryland. En esta última encontré otra figura clave: la de Walter Benjamin, cuyos paseos urbanos marcaron la pauta de los míos, y me dieron la libertad e inspiración para liberarme de las riendas académicas y volar con mi propio pensamiento. La lucidez e independencia intelectual de Benjamin -quizás el primer filósofo de la vida urbana-, unidas al lirismo de sus ensayos, me han sido desde entonces fundamentales y debo decir que me interesa muy poco leer a otros teóricos. Sus propuestas sobre el fin del aura de la autenticidad y la ruina como imagen dialéctica, ambas esenciales para comprender la modernidad, fueron la plataforma a partir de la cual elaboré mi teoría sobre el Kitsch en *The Artificial Kingdom* (1998).

Al concebir el fenómeno literario como algo interdependiente, y no autónomo, se me abrió todo un entendimiento del mundo que hasta entonces había permanecido velado.

J. C: ¿Cómo recuperas críticamente a Benjamin a la hora de ejercer una lectura de la experiencia postmoderna?

C. O: Creo que debemos empezar por reconocer que hablar de simbolismos en la postmodernidad es casi anacrónico, ya que de algún modo en la presente era no se fundan nuevos discursos, sino que se reciclan constantemente los ya establecidos, creando una enorme confusión histórica. Claro ejemplo de esto es la inmensa capacidad del neoliberalismo para apropiarse de los lenguajes "clásicos" de oposición -la vanguardia, la izquierda, el feminismo- vaciándolos de su sentido original y usándolos tan solo como un slogan fácil. Para Benjamin en las épocas de crisis cultural predomina sobre el símbolo la alegoría, que es una forma decaída de aquél, y me parece que quizás este sea una propuesta útil para pensar en la situación actual. Según Benjamin, llega un momento en que el símbolo deja de significar, muere, por así decirlo, y lo único que resta de él es lo que en semiótica se llamaría el significante, es decir, su forma externa o material. Este símbolo decaído contiene su propia historia como una referencia, no como un significado vital. En este sentido es una ruina de sí mismo, pero

para Benjamin la ruina no es terminal, sino más bien el producto de una transformación dialéctica, la cual permite comprender el fracaso del símbolo, dando así lugar a una nueva significación en forma alegórica.

En la presente era no se fundan nuevos discursos, sino que se reciclan constantemente los ya establecidos, creando una enorme confusión histórica.

Para entender la magnitud del proyecto utópico de la Modernidad, por ejemplo, resulta necesario leerla desde su fracaso; otro tanto podría decirse de la falta de vigencia de ciertos discursos de oposición. En cualquier caso, el problema estriba en que esta nueva significación no puede ser prevista de antemano: al quedar el símbolo vaciado, es susceptible de distintas reapropiaciones, unas críticas y subversivas; otras, al contrario, reaccionarias. El discurso se vuelve así un territorio de batalla donde los significados pueden rápidamente volverse contra sí mismos, y quizás la única ventaja permanente de la ruina alegórica sea que de alguna manera esgrime una decrepitud, un olor a muerte, que aún le es profundamente antitético a la cultura predominante, tan dada a las superficies lisas y refulgentes. En este sentido, la postmodernidad guarda vestigios de la "tabula rasa" modernista (el borrar todo lo que se le diferencia), sólo que en nuestra época el ideal del progreso de ésta se ha traducido en la aspiración por una especie de eterna juventud que, a decir verdad, sólo puede ser virtual; quizás por eso la cultura se ha trasladado a este terreno, mucho más fácil que el de la realidad material. Para romper con esta ficción hay que acudir a su contracara, la ruina, y por eso la teoría de Benjamín me parece tan adecuada.

Ahora bien, creo que los modos de resistencia posibles en este momento pueden ser sólo de carácter táctico y tiene que negociar de alguna manera, en vez de negar los fenómenos de la tecnología y la globalización. Si la producción de discursos alternativos es inmediatamente apropiada quiere decir que uno de los recursos culturales más efectivos en este momento es la apropiación y hay que aprender a usarla, sabotearla desde adentro, exponerla críticamente, pero de una manera que resulte atractiva y actual. Muchos intelectuales están tan indignados con el predominio de la imagen y el entretenimiento que olvidan

Ocean Life. Christian Schussele y James M. Sommerville. The artificial kingdom

que estos pueden ser usados de muchos modos, no sólo de maneras triviales, no sólo para reproducir ideologías conservadoras o corporativas. En la era de la presentación, o *packaging* de las ideas, el contenido por sí solo va a lograr muy poco, sólo convence a los que ya están convencidos, como se dice aquí en Estados Unidos. En esta era hay que buscar el modo de presentar hasta las ideas más serias y radicales de modo seductor, atento no sólo a las realidades, sino también a las fantasías de aquellos a quienes queremos ganarnos. De esto, en definitiva, trata la alegoría, que siempre fue mirada a menos por ser narrativa y figurativa, pecados capitales en un discurso que valorizaba únicamente lo abstracto y lo simbólico.

Me preocupa de Estudios Culturales ese tipo de lenguaje hiper-especializado y autorreferencial, que finalmente termina por cavarse su propia tumba, asesinando a su objeto de estudio.

J. C: Considerando el *packaging* de las ideas como estrategia discursiva y política dentro la práctica académica e intelectual, ¿cuál es, a tu parecer, el grado de autorreflexividad crítica que presenta actualmente Estudios Culturales en tanto propuesta política y cognitiva dentro de la academia occidental?

C. O: Me preocupa de Estudios Culturales ese tipo de lenguaje hiper-especializado y autorreferencial, y es el que finalmente termina por cavarse su propia tumba, pues sólo a partir de él unos pocos -no me incluyo, esa terminología me da sueño-, terminan asesinando a su objeto de estudio. Esta es otra razón por la cual ya casi no leo teoría, y es que el lenguaje es sólo el reflejo de una mentalidad: la académica, que tiende a encerrarse en sí misma y a tratar todo como objeto de estudio pseudo-científico, quitándole el aire y la vida, y produciendo un verdadero cadáver. Y no es que a mi me molesten los cadáveres culturales, al contrario, los estudio con pasión; pero los cadáveres académicos ni siquiera tienen la gracia de lo fragmentario o lo decaído. No quiero decir con esto que no se hagan muy buenos trabajos dentro de la academia; lo que quiero decir es que el circuito académico está tan alejado de la realidad cotidiana que quienes la conforman terminan por aislarse del todo, independientemente de cuán "hip", o de moda, se encuentre su tema: es el caso de los Estudios Culturales. Quizás sea por esto que en un lugar como Estados Unidos la academia esté tan divorciada de la cultura, lo cual no sucede en Europa y América Latina, donde aún los intelectuales juegan un rol más orgánico y son miembros más respetados de sus respectivas comunidades. En cualquier caso, yo siempre he mantenido una postura marginal con respecto a la academia, pues desde muy temprano entendí lo que significaba casarse con ella: competencia, deslealtad, un ánimo antagonista y muy poco tiempo para el pensamiento libre y creativo. No me interesa esto que es tan parecido a la esclavitud: mi independencia intelectual la he labrado con trabajo, paciencia, y no pocos sacrificios. Sólo esto me permitió escribir un libro como *The Artificial Kingdom*, uno de cuyos retos fue, precisamente, presentar un fenómeno cultural desde la emoción que lo origina, usando el análisis y la historia para contribuir a su entendimiento, no para subordinarlo. Para mí era fundamental que la gente (y no sólo los académicos, sino los artistas, los estudiantes y aquellas personas que solían ser llamadas "cultas", es decir, personas con un cierto grado de educación, interés y tiempo libre para leer y pensar el mundo que les rodea) pudieran leer mi libro y replantearse, en este caso, qué es el Kitsch. Hace algunos días mi dentista, un señor mayor para quien la fotografía es un hobby, me contó cómo había pasado sus vacaciones en Carolina del Norte: "Me leí tu libro muy lentamente", me dijo, "Porque no es fácil de leer, pero lo disfruté mucho y me di cuenta cómo hasta ahora nunca había comprendido realmente lo que es el Kitsch". Para mí, esta es la misión final de cualquier estudio cultural: lograr que esas personas a quienes muchos intelectualosos se refieren desdeñosamente como las "masas", puedan adquirir una visión más crítica y profunda de aquello que los afecta o rodea.

J. C: Los Estudios Culturales -sobre todo en su vertiente estadounidense- han generado una forma de articular una política de representación sobre lo "latinoamericano" y "América Latina" desde lo que se ha dado en llamar "Latinamericanism" que, según Nelly Richard, sitúa nuevamente al subcontinente como objeto de estudio, como experiencia periférica al margen de la razón y la teoría. ¿Qué problemáticas, encuentros o desencuentros, te sugiere tal aparato de producción de conocimiento?

C.O: Quizás no sea yo la más adecuada para responder esta pregunta, dado que

para mí la cuestión de lo "latinoamericano" nunca ha sido una prioridad, ni en lo profesional, ni en lo personal. Creo que esto tiene en parte que ver, no con un rechazo a mi identidad "esencial" (mi nacimiento y crianza en América Latina, con la cual mantengo un gran lazo afectivo, y lo asumo sin ningún aspaviento), sino con tratar de evitar precisamente los rótulos esencialistas en los que se especializa tanto la academia latinoamericana como la mentalidad neocolonial. Esencialismos con los que logra, efectivamente, parcelar y jerarquizar a aquellos que se atreven a infiltrarla. La visión de América Latina que se maneja en los Departamentos de "Spanish & Portuguese" en las grandes universidades de Estados Unidos es absolutamente anacrónica: por lo general subordinada a España (reducida prácticamente al Renacimiento o "La Edad de Oro", para más detalle), rara vez considera a nuestro continente como un lugar contemporáneo y cosmopolita, un lugar donde las personas pueden ser también agentes de la historia contemporánea. Yo no veo que la circulación de intelectuales latinoamericanos en estos ámbitos haya tenido un gran impacto político en el sentido de que estos sean integrados de manera significativa al pensamiento intelectual norteamericano, como ha ocurrido, por ejemplo, con personas como Gayatri Chakravorty Spivak o Edward Said, quienes son fuerzas contundentes. Más bien me parece que, de alguna manera, los intelectuales latinoamericanos tienden a ser vistos todavía como especimenes interesantes del famoso "realismo mágico" de García Márquez, y no es una mera casualidad que mucho de lo que se estudia, conoce y refiere de la literatura latinoamericana en este país sea precisamente de esa generación, la de los 60, como si no hubiese existido otra.

Los intelectuales latinoamericanos tienden a ser vistos todavía como especimenes interesantes del famoso "realismo mágico" de García Márquez

Por otro lado, no creo tampoco que la respuesta a esta "tipificación" se encuentre en una reacción fundamentalista, cuyas limitaciones y desventajas deberían ser más que evidentes, sobretodo cuando procuran forzar a nuestro continente a desandar lo andado y quedar aún más atrás frente al fenómeno de la globalización, con la cual hay que lidiar, para bien o para mal. Para mí la única opción en este sentido, y no sólo para el Tercer Mundo, sino para las minorías de poder en general (incluyendo las mujeres), es tratar de sacarle el cuerpo, como quien dice, a un discurso dominante que es experto en apropiarse de las mismas armas que lo combaten. La gran fuerza del capitalismo, como previera en su tiempo Marx, es su enorme capacidad de adaptación: es como esos monstruos multiformes que aparecen en los programas para niños, en los que el monstruo va tragando todo lo que se le atraviesa, haciéndose así cada vez más fuerte e invencible. En este contexto, los antagonismos directos son inútiles y hay que buscar, como plantearan Michel De Certeau y Josefina Ludmer refiriéndose a situaciones muy distintas, tácticas de resistencia que por definición no pueden ser estáticas, ya que de su movilidad depende cualquier posibilidad, por relativa que esta sea, de éxito. El anquilosarse en una noción sincrónica de identidad nacional o continental es, en este sentido, un suicidio, carne de cañón. Lo mejor es adoptar los mecanismos que el mismo capital ofrece de una manera crítica, es decir, adaptándolos a las necesidades reales. De lo contrario, uno se queda atrás, como le sucedió por ejemplo a la izquierda, cuya larga y gran resistencia a la tecnología le costó vigencia frente al público y acceso a los medios de comunicación. Para mí la mejor manera de evitar ser convertido en una alteridad glorificada es asumir nuestro propio (aunque irregular) cosmopolitismo y desde ahí buscar un balance que nos permita negociar interna y externamente nuestras diferencias. En este sentido, me parecen muy instructivas las tácticas de saboteo, como por ejemplo, los famosos boicots a ciertos productos o la inversión selectiva en el mercado financiero que algunos grupos alternativos ejercen en este país. Reconociendo la fuerza del capital, se la usa como propia medida de resistencia, algo así como en el arte marcial del Tai Chi.